



José del Moral  
de la Vega

POR EL CAMPO...

## Lo que nos enseñan las plagas

**S**er testigo de la muerte repentina de un árbol colosal produce una enorme tristeza. Y esa es la sensación que ahora experimentamos mi amigo Luis “el Cabrero” y yo mientras contemplamos la muerte súbita de una inmensa encina con más de doscientos años, un árbol que era la envidia de muchos propietarios de dehesas en la comarca de Montánchez. Por su aspecto externo podía ser tomado como paradigma de la salud de un vegetal, pero después de una tarde de viento, una de sus principales ramas se desgajó, descubriéndose que aquella salud era ficticia. Su duramen, el esqueleto del árbol, aparecía agujereado por la acción de las larvas del coleóptero *Cerambyx welensii*. Un fenómeno similar a la osteoporosis humana, que por su forma inesperada de manifestarse es calificada por la medicina como enfermedad “silenciosa”.

En la naturaleza, la muerte es el estado final de un proceso natural escrito en un guion preciso e inexcusable donde intervienen variables morfológicas y fisiológicas propias del individuo, además de otras, no menos importantes, que son medioambientales. Ese proceso es fácilmente observable en los animales: a una determinada edad pierden los dientes y sin ellos la ingesta de alimentos se limita extraordinariamente, con lo cual se disminuye la cantidad de principios inmediatos necesarios para mantener sanos los tejidos; la artrosis dificulta o paraliza el movimiento, que a su vez limita la circulación de la sangre y la oxigenación de las células, etc., acciones que, como si de la partitura de un concierto se tratara, están marcadas en el DNA de cada individuo. Ese fenómeno sucede igualmente en los vegetales, aunque en estos, y sobre todo en las especies arbóreas, son las variables medioambientales las más fácilmente observables como coadyuvantes de ese proceso natural a la muerte. Cuando un árbol comienza a hacerse viejo reduce su capacidad para elaborar fotosintetatos y, consecuentemente, disminuye el flujo de savia en los vasos conductores. Paralelamente a ello aparecen en este unas sustancias volátiles que informan a determinadas especies de insectos xilófagos que ese árbol ha disminuido su flujo de savia y es un lugar idóneo para que ellos se desarrollen en su interior. En los *Quercus* spp (alcornoque, encina, roble, etc), el coleóptero *Cerambyx welensii* es uno de esos xilófagos. Las hembras depositan los huevos en las resquebrajaduras de los troncos y las larvas recién nacidas se introducen rápidamente en su interior y viven en el duramen cuatro o cinco años, tiempo durante el cual estos coleópteros construyen enormes galerías y convierten el tronco en un “queso de Gruyere”. Aparentemente, y puesto que el insecto vive alejado de los vasos conductores y no interrumpe el flujo de savia, el árbol parasitado aparece sano, pero cuando un día surge un viento fuerte, una nevada, una carga extraordinaria de cosecha, etc., este nos sorprende con sus ramas desgajadas, descubriendo entonces la acción parasitaria de *C. welensii*.



En una dehesa de *Quercus* sp. con una proporción equilibrada de árboles (10-20% de brinzales y chaparros, 60-70% de individuos adultos y 5-10% de árboles viejos), los ejemplares decrepitos, muy atractivos para los xilófagos, constituyen un porcentaje pequeño de su población y, consecuentemente, los individuos posiblemente parasitados por estos insectos también serán escasos, pero ¿qué ocurrirá si, por un inadecuado manejo de la dehesa, el porcentaje de árboles viejos se eleva a un 80-90%?. La respuesta es que la proporción de los *Quercus* parasitados será muy próxima a ese 80-90%. Es irrefutable que, en este supuesto, el “transformador” del parasitismo de *C. welensii* en plaga ha sido el hombre al manejar la dehesa inadecuadamente, supuesto que es real y afecta a una gran parte de las dehesas de la Península Ibérica. Este insecto, como muchos otros, puede convertirse en plaga, pero no todo el fenómeno puede considerarse negativo, él nos ha dado una gran lección: el manejo que se ha hecho de la dehesa no ha sido el correcto.

*C. welensii*, probablemente un buen compañero a la muerte de los *Quercus* viejos, nos ha advertido que si queremos conservar la dehesa no tenemos otro camino que rejuvenecerla, aunque mientras tanto —para ello se necesitan más 20 años— tendremos que eliminar la actual plaga de *Cerambyx* y alargar la vida, tanto como podamos, de los árboles actualmente parasitados.